

Eugenio González R.

## Algunos aspectos del problema educacional

### LA FALACIA DE LOS EXPERTOS

**E**TODO ensayo de reforma encuentra en su desarrollo dos especies de obstáculos que, aunque provenientes de campos antagónicos, obran con parecida eficacia en el sentido de impedir su realización práctica: los que oponen las fuerzas tradicionalistas de la sociedad y los que oponen los entusiasmos indisciplinados de los teóricos. Los puntos de vista unilaterales y el optimismo excesivo suelen ser tan perniciosos como los intereses creados y la inercia de la rutina. Unos y otros, por distintos caminos, convergen al mismo fin de impedir el triunfo del ideal innovador—es decir, su transformación en hechos—desacreditándolo por el fracaso o destruyéndolo por la hostilidad. Sobre sus ruinas, reaccionarios y utopistas se dan la mano sin percatarse de su paradójal solidaridad.

Ya se trate de economía, de educación o de cualquiera otra actividad humana, el peligro de apreciaciones exclusivas y de optimismos ligeros reside principalmente en los especialistas. El especialista carece, por lo común, de amplias perspectivas espirituales, vive encerrado en un círculo de conceptos, de preocupaciones y de hábitos que lo privan de agilidad para una comprensión integral y profunda de los hechos circundantes.

Para él, la complejísima vida social con sus problemas, sus intereses y sus valores, gira en torno al ejercicio de su peculiar actividad y depende, en su adelanto posible, de la eficiencia de la función que él ejecute. Así, el industrial, el educador, etc., cultivan la ingenua vanidad de creerse los dueños de una especie de palanca de Arquímedes para sacudir la sociedad y fijarle la ruta de su porvenir.

A causa de esa falta de comprensión general de las cosas y de esa abundancia de vanidad gremial, los proyectos de los especialistas—máxime cuando éstos son jóvenes, imaginativos, aficionados a la retórica y al espectáculo—no se ajustan casi nunca a las modalidades fluctuantes y complejas de la realidad. Al concebirlos, ellos parten de ciertos principios rígidos sobre los cuales edifican una estructura de aspectos perfectamente lógicos; sin embargo, la realidad social no encaja en los moldes abstractos y éstos persisten, desprovistos de contenido, útiles tan sólo como tópicos de elocuencia académica.

Una reforma de cualquier institución de alcance social no es fecunda sin una valorización previa, desapasionada y realista de las posibilidades del ambiente y del momento. La sociedad es unidad orgánica en la que ninguna de las partes puede desarrollarse autónomamente. Cada una está condicionada por las demás y, a su turno, las condiciona. Ningún problema puede, pues, ser resuelto eficazmente sin el estudio de las condiciones generales de la colectividad y de sus potencialidades de progreso. De otro modo pueden resolverse problemas locales, o gremiales, o individuales, pero se crean, paralelamente, problemas sociales de proyecciones lamentables.

La reforma del sistema de educación pública de un país está muy lejos de ser un asunto de mera pedagogía: ella es, por sobre todo, un problema sociológico que requiere, para ser convenientemente considerado y resuelto, un hondo conocimiento de las realidades colectivas, una sensibilidad capaz de percibir las múltiples conexiones de los fenómenos que se verifican en el seno de una nacionalidad en evolución; y, más que eso: la capacidad de captar el *ritmo vital* de la sociedad y de la épo-

ca, la orientación de sus íntimos ahelos, el sentido de sus fuerzas activas.

Las necesidades sociales del estado determinan las características del sistema educacional. Decir que una educación dada conforme a ideales, que se estiman benéficos, ha de producir una nacionalidad colmada de virtudes propicias, nos parece una ilusión de gabinete. La vida—y, con ella, esos inmensos organismos que son las culturas—sigue una trayectoria inexorable empujada por designios que escapan a nuestro precario conocimiento. Nos gobiernan leyes oscuras contra las cuales nada puede la generosidad cordial de los apóstoles. La mejor educación no sería capaz de violentar el curso de las cosas ni de cambiar el aspecto de la evolución histórica.

Cuando la educación—nos referimos a la educación sistemática, directa—se ha quedado atrás, ha dejado de responder a las exigencias sociales, se convierte en una rémora del proceso colectivo, en una fuente de males que afectan la vitalidad del organismo nacional. Entonces se impone una modificación que ponga la educación a tono con las variaciones que se han operado en el medio ambiente, devolviéndole de esta manera su eficacia con el servicio de los intereses del Estado. Es lo que actualmente está pasando en nuestro país, y es necesario, para que los resultados correspondan a las intenciones, obrar de acuerdo con las realidades chilenas y en concordancia con las necesidades de la actualidad.

### LA EDUCACIÓN Y LA SOCIEDAD

El sentido de nuestro tiempo se define como el impulso hacia la acción expansiva y constructiva, como el predominio de la voluntad de poder en la política, en las finanzas, en la técnica, en la vida. La fisonomía de las sociedades se moldea conforme a estas fuerzas íntimas. Del mismo modo que las ideas, los gestos, las obras de un individuo, todo lo que de él percibimos en las relaciones colidianas, son signos, exteriorizaciones de su personalidad—de sus «entrañas profundas», diría Nietzsche—,

así también las instituciones, las costumbres, los propósitos dominantes en cada época de una cultura traducen complejas elaboraciones internas, son la expresión histórica de su vitalidad.

Los sociólogos han caído frecuentemente en el error de hacer girar todo el movimiento histórico alrededor de funciones determinadas. El ejemplo más difundido y típico de este falso criterio nos lo da la doctrina materialista de Marx, según la cual la vida de la sociedad con sus complicadas estructuras jurídicas, sus organizaciones políticas, sus corrientes intelectuales, está determinada por el carácter de los hechos económicos de la producción y el cambio. Hay, sin duda, estrechas relaciones de semejanza y de interdependencia entre las distintas manifestaciones de una cultura, en sus fases sucesivas, pero ello se debe a que unas y otras son el resultado del mismo mecanismo de fuerzas vitales y, por lo tanto, presentan el sello común de sus oscuras causas originarias.

Dentro de los vastos lineamientos de una cultura—la occidental a la que pertenecemos aunque otra cosa digan los que se llaman a sí mismos, con vernácula suficiencia, indo-americanos—cada pueblo, cada sociedad, cada grupo étnico tienen determinadas peculiaridades de evolución y de idiosincrasia a las que debe atender preferentemente cualquier tendencia renovadora, ya sea de las instituciones políticas del Estado, ya sea de los organismos técnicos de la educación. La educación, como todas las instituciones públicas, sólo es eficaz en la medida que corresponde a la naturaleza y a las necesidades de la colectividad circundante. Las características nacionales determinan las modalidades de la educación y no, como algunos afirman, los ideales propagados por la escuela moldean el carácter de la nacionalidad.

«La doctrina de la evolución—escribe N. M. Butler—nos enseña a considerar el mundo que nos rodea—arte, literatura, instituciones, vida religiosa—como parte esencial de nuestro medio ambiente y nos enseña a considerar la educación como el período plástico en que adoptamos y conformamos nuestro organismo activo a esta vasta serie de adquisiciones hereditarias».

Mantiene, pues, la educación, la continuidad histórica de la cultura y prepara a los individuos para la realización de las propias potencialidades en el servicio de los intereses permanentes de la sociedad y de sí mismos. Proporciona a las generaciones que se suceden una síntesis del pasado cultural y las adiestra convenientemente para el mejor aprovechamiento de la vida. Naturalmente estos fines de adaptación y de superación no se cumplen por la mera acción oficial de las escuelas e institutos públicos—ya sean del Estado o de los particulares—sino por la influencia que ejercen los múltiples factores que se manifiestan en el área social que envuelve al ser en crecimiento.

Todos los ensayos de la pedagogía moderna se orientan en un sentido social. Acercar la escuela a la realidad es la voz de orden. Ya en 1901 hacía notar Dewey que la escuela es un mundo extraño en el que el niño oye cosas muy diferentes de las que ve en la vida, y exponía la necesidad de modificar la educación sobre la base de los intereses de la infancia. En nuestros días el abismo que ha separado a la educación de la sociedad tiende a llenarse. Domina en las diversas modalidades del pensamiento y de la acción un espíritu realista y utilitario que busca el aprovechamiento de los esfuerzos humanos en beneficio de una superación de la vida y de un aumento de la potencia del Estado. El ideal en marcha es la eficiencia: eficiencia individual, eficiencia colectiva. Los fines de la educación se amoldan a los propósitos del presente: el ideal educacional no es otro que aumentar la eficiencia del hombre frente a la vida.

La educación ha de ser, entonces, práctica en el sentido de poner al educando en contacto con realidades tangibles y no con abstracciones teóricas, con hechos coordinados y no con explicaciones discursivas. La escuela elemental buscará en el medio físico y social los elementos que atraigan el interés del niño y provoquen sus actividades espontáneas; los establecimientos secundarios serán preferentemente institutos técnicos que preparen a los jóvenes para faenas profesionales, provechosas a la colectividad; la Universidad basará la eficacia de su labor en las iniciativas individuales de investigación, en los trabajos de

laboratorio y de seminario. Lo que hay que desterrar es la enseñanza libresca y memorística, de contenido enciclopédico en la que los alumnos desperdician su tiempo y su esfuerzo en largos y fatigosos aprendizajes, que carecen de verdadero valor tanto para la formación de la cultura como para el servicio de la sociedad.

Al Estado corresponde propiciar el desarrollo de la eficiencia del individuo y abrir, ante él, las perspectivas de la cultura. La sociedad, en todas las variaciones de tiempo y lugar, nos ha mostrado que necesita para su subsistencia y desenvolvimiento que se ejecute un complejo sistema de funciones técnicas. El organismo colectivo necesita innumerables trabajadores manuales y, relativamente, muy pocos trabajadores espirituales. La educación pública debe dotar, en consecuencia, a las grandes mayorías de las destrezas que necesitan para realizar su destino. Al mismo tiempo, debe poner en sus manos los instrumentos esenciales de la cultura. Las más diversas oportunidades se ofrecen al que entra al campo del trabajo con un equipo conveniente de hábitos, conocimientos y aptitudes. El mayor o menor espíritu de empresa, de acometividad, determinarán el éxito, el fracaso o la medianía; pero al margen de su tarea profesional, específica, el joven trabajador puede seguir dignificando su vida interior con adquisiciones de arte, literatura, ciencia, religión.

Tal es la situación que rige para el mayor número de ciudadanos, que es el de los que no alcanzan a ingresar a los establecimientos superiores de educación. Las minorías afortunadas que siguen los cursos que llevan a las carreras liberales o a la ciencia pura, ganan, también, considerablemente, con el aprendizaje técnico de un oficio. Desde luego la psicología y la experiencia diaria alestigan que en el niño predominan los impulsos y los instintos de la actividad manual. Como una educación correcta tiene que asentarse en la realidad biológica de la infancia, se comprende que el trabajo manual es—como sostiene Kerschensteiner—la primera «materia de enseñanza». Toda escuela primaria debería poseer, por consiguiente, talleres, jardi-



nes, obradores de costura, etc. Más tarde, en las escuelas de continuación o en los institutos técnicos de segunda enseñanza, insinuadas ya, con más o menos claridad, las vocaciones, se llegaría a la formación profesional efectiva.

Si la preparación profesional, es decir, la capacitación del individuo para el ejercicio de una función social útil, es el primer fin de la educación, la dignificación moral del trabajo será su preocupación subsiguiente. La escuela inculcará en cada uno el convencimiento de que su trabajo sirve, no sólo a su propia conveniencia económica sino, por sobre eso, a los intereses perdurables del Estado. El egoísmo de los fines particulares se ensancha, así, en un ideal de cooperación y en un sentimiento de solidaridad. Elevándose sobre el horizonte, a menudo mezquino y sombrío, de su tarea diaria, el individuo vislumbra la inmensa armonía de la producción social de la que es parte integrante su obra por modesta que parezca a su pensamiento solitario. De ahí, de esa comprensión del alcance de su labor en el conjunto de los esfuerzos comunes, brota en él un concepto de responsabilidad, de orgullo de sí mismo. Cada cual en la función que ejecuta, por humilde que ella sea, puede hacer obra noble, heroica, superando su esfuerzo cada día en el empeño de realizarla con más amplia eficacia.

Sin embargo, es preciso insistir en que las síntesis culturales no deben dejarse nunca de mano en el proceso educativo. Las sociedades jóvenes y mercantiles están muy propensas a equivocar el rumbo, confundiendo los medios con los fines de la educación. El proceso de división del trabajo, de multiplicación de las funciones, que caracteriza la evolución del industrialismo, ha invadido también el campo de la educación. De las Escuelas Profesionales y de las Universidades salen especialistas que alardean de un petulante desprecio por todo lo que no se relaciona de una manera inmediata y práctica con la actividad que ellos desarrollan. Con lamentable frecuencia encontramos esta clase de sujetos incultos con diploma universitario. Sin una comprensión superior de la vida y de la sociedad no habrá sino técnicos mediocres y ciudadanos sin moralidad.

Bien se comprende que la cultura general es tan indispensable a los individuos y al Estado como la formación profesional. El ideal educacional será unir el perfeccionamiento técnico con el desenvolvimiento cultural. Generalmente se objeta la insuficiencia económica del Estado para atender a tan amplias finalidades; pero esa argumentación no es valedera. No es precisamente en la escuela donde se realiza el proceso educativo de la mayoría de la gente, sino en la vida social misma. Ahí debe seguir el Estado al individuo poniendo a su alcance las sugerencias de la buena lectura, los espectáculos de los museos de arte, los conciertos de las grandes orquestas nacionales. Eso es relativamente fácil y contribuye en forma admirable al enriquecimiento del espíritu y de la sensibilidad del pueblo, a la cohesión moral de la nacionalidad, al desarrollo de las máximas posibilidades vitales del individuo y del Estado.